

Augustin Redondo, entre dos culturas y en la frontera de las disciplinas

FERNANDO COPELLO

Université du Maine-Le Mans

Los colegas de Córdoba, cuya judería he caminado en noches de insomnio, amigos entrañables en ese territorio de la memoria, me proponen que escriba para *Creneida* un retrato de Augustin Redondo, mi maestro desde los años ochenta. ¡Menudo aprieto para quien atraviesa con dificultad las sendas de los homenajes y los protocolos y que solamente podrá, con pincel impresionista, volcar en el papel, en el aire virtual, unos pareceres, unas miradas!

Aunque pensándolo bien, puesto que la sección de la revista se titula “Lecciones y maestros”, ¿por qué no trazar desde el ángulo de quien fue joven alumno, con esa incomodidad que puede ser fecunda en ciertos casos —y esperemos que lo sea—, un semblante aproximadamente verdadero? Después de todo, cuando Augustin Redondo dejó la enseñanza en 1998, sus colegas emprendieron ya la redacción de dos homenajes que fueron publicados posteriormente: *Écriture, pouvoir et société en Espagne aux XVI^e et XVII^e siècles. Hommage du CRES à Augustin Redondo*, coord. Pierre Civil, Paris, Publications de la Sorbonne/Presses de la Sorbonne Nouvelle, 2001; y *Siglos dorados: homenaje a Augustin Redondo*, coord. Pierre Civil, Madrid, Editorial Castalia, 2004.

En esos homenajes, volúmenes que dejen constancia de la ramificación estructurada de las huellas que cultivó don Augustin en el hispanismo, pueden rastrearse deudas y reconocimientos y, fundamentalmente, trabajo efectivo, eficaz y feliz.

Ahora bien, en los veinte años que siguieron al abandono de la docencia, Augustin Redondo siguió escribiendo, participando en coloquios, compar-

tiendo tribunales de tesis; es decir que siguió enseñando. Recuerdo que me contaron que María Rosa Lida, sabiéndose condenada por la enfermedad, en su último viaje a Buenos Aires le dijo a Celina Cortazar: “Celina, escriba, porque así seguirá enseñando durante muchos años”. El consejo de la hispanista latinoamericana era sensato y cierto, pero siento que un maestro lo es fundamentalmente en el intercambio, en la conversación, en el debate y que estos son particularmente intensos durante los encuentros reales.

De que Augustin Redondo enseña y enseñará no me cabe duda alguna, pero por mi parte voy a tratar del Augustin de carne y hueso que impregna la vida de interrogantes e invita a sus colegas a escarbar en las incógnitas.

Por otra parte, me gustaría que mi retrato tuviera algo inconcluso, poros abiertos para la discusión y el desacuerdo. Un texto clausurado no correspondería a las enseñanzas de este maestro que he compartido y comparto con tantos otros.

Conocí a Augustin Redondo en septiembre de 1983 en una de las salas del Instituto Hispánico de la calle Gay-Lussac en París. Había intercambiado cartas durante un año preparando mi viaje y el proyecto de tesis. Las cartas entre Europa y América del Sur se demoraban varios días y obligaban a un diálogo pausado y a la vez detallado y nutrido. Pero la ausencia de internet y de las redes diversas nos ocultaba la imagen fisonómica de nuestro interlocutor.

Por eso resultó una verdadera sorpresa encontrarme con un señor Redondo delgado y nervioso, provisto de un dinamismo impresionante. Sin perder el tiempo, a los tres minutos ya estábamos ambos trabajando. Uno de los elementos que más llamó mi atención fue su portafolios, que me recordaba la maleta de Mary Poppins; se trataba de un verdadero despacho ambulante que contenía sobres de formatos variados, papel con membrete de instituciones diversas, sellos, lapiceros de colores distintos, anuarios con direcciones de hispanistas y una agenda voluminosa porque contenía papeles intercalados que se iban añadiendo y quedaban sujetados con un elástico. No faltaban libros, formularios, páginas con correcciones y comentarios.

Salí del edificio de la *rue* Gay-Lussac con cartas para inscribirme en la Biblioteca Nacional, formularios para llevar a cabo trámites administrati-

vos y el propio Redondo, que me acompañaba, me dio instrucciones relacionadas con el transporte y la mejor manera de trasladarme de un sitio a otro en la amplia ciudad de París. Al atravesar la *rue* Soufflot me dio un consejo antológico: me dijo que seguramente en el alojamiento que había conseguido en París no habría buena calefacción, de modo que lo mejor era que pasara mis días en las bibliotecas, perfectamente climatizadas. No fui lo suficientemente sutil en ese momento: su consejo era que debía dedicarme a estudiar en serio.

Pero hubo durante la entrevista dos pareceres mucho más esenciales que traducían perfectamente la ideología de mi maestro. El primero evocaba la relación entre literatura y contexto social y precisaba que la literatura, como la creación artística en general, era una representación que debía ser analizada como tal y nunca confundida con el testimonio histórico. Pero que, eso sí, funcionaba en la sociedad y por lo tanto en el devenir histórico, cosa que me sugería no olvidar. Bastará argüir al respecto el volumen *Représentation, écriture et pouvoir en Espagne à l'époque de Philippe III (1598-1621)*, eds. Maria Grazia Profeti y Augustin Redondo, París/Florenca, Sorbonne Nouvelle/Università di Firenze, 1999. Para mí, impregnado por los años de dictadura y temor, era aquello una puerta que se abría hacia la libertad y un ángulo nuevo para apreciar las creaciones individuales. El otro parecer, que pesó muchísimo en mis años posteriores, fue que no me limitara a analizar las cumbres literarias, los productos de máximo esplendor sino que intentara captar un momento en una apetencia y en un mercado en el que había también un segundo plano. Ese segundo plano también servía para reconstruir la realidad global. Me indicaba además que no cayera en la trampa de querer rehabilitar textos olvidados adjudicándoles una función que no habían tenido sino que mi trabajo era el de analizarlos en la medida de lo que eran, porque también se es y se existe en el segundo plano, en el detalle.

En realidad estos meros consejos, que a mí me llegaban claramente expresados, eran el resultado de un enfoque que era el propio de cierto hispanismo francés del que Redondo era heredero y que al mismo tiempo había contribuido a vivificar, y que intentaba transmitirme en la corriente del acto de enseñar.

El trabajo interdisciplinar entre literatura e historia existía en el hispanismo galo desde finales del siglo XIX, cuando nacieron dos publicaciones mayores: la *Revue Hispanique* (1894) y el *Bulletin Hispanique* (1899). Allí escribían, entre otros, figuras como Georges Cirot, Ernest Mérimée y Alfred Morel-Fatio que habían escarbado de manera amplia, y sin desdenar recovecos, en la literatura como producto de una sociedad y en la sociedad que producía dicha literatura. Jamás los logros artísticos eran observados como reflejos de una sociedad superior y los criterios estéticos no eran el camino hacia una segregación de géneros o autores menores. En torno al llamado Siglo de Oro habían surgido polos de enseñanza e investigación como Toulouse, Burdeos, Montpellier y París. Quien pronto llegaría a encarnar ese hispanismo francés sería Marcel Bataillon, el autor de *Érasme et l'Espagne* (1937), dándole a un estilo y a una manera de llevar adelante los estudios una jerarquía internacional que se difundiría todavía más desde 1945 a través del Collège de France. Dos discípulos de Bataillon prolongarían estos ángulos de mirada: Noël Salomon, fundador de la Sociedad de Hispanistas Franceses en 1963, y Augustin Redondo, el señor de ojos claros y agudos, poseedor del portafolios ilimitado, que dialogaba conmigo en aquella aula austera de la *rue Gay-Lussac*.

También en esa tarde me propuso Redondo que integrara el CRES, *Centre de recherche sur l'Espagne des XVI^e et XVII^e siècles*, lo que respondía a una extraordinaria generosidad. Y fue así como unos días después me codeaba tímidamente con figuras como Monique Joly o Sylvia Bénichou-Roubaud, quienes dejaron luego en mí huellas profundas en la manera de observar la literatura. Pero pertenecían también al CRES jóvenes investigadores que se formaban en el debate con aquellos que se encontraban más afirmados. La denominación que presentaba a aquel centro de investigación constituyó implícitamente otra de las lecciones impartidas por mi maestro. Me extrañaba que no se empleara la expresión *Siglo de Oro*, que en otros ámbitos le otorgaba una etiqueta distinguida y noble a los estudios sobre los siglos XVI y XVII. Recordaba yo que los especialistas de tal disciplina se sentían a menudo portadores de un brillo particular. Y, en efecto, si recorremos los diccionarios hispánicos, como lo ha hecho Bartolomé Bennassar, nos encontramos con referencias a un período de esplendor, de gran desarrollo artístico, que coincide con los siglos XVI y

XVII. La significación más general de *siglo de oro* aparece asociada a un tiempo florido y feliz en el que reinan la paz y la seguridad. Ahora bien, los historiadores españoles evitaban a menudo tal referencia sabiendo que esos mismos siglos incluían también períodos de crisis y de decadencia. Y no olvidemos que son años de discriminación en que se expulsa a minorías religiosas provocando la marginación y el exilio. La denominación misma del centro de investigación dirigido por Redondo permitía tomar conciencia de que debíamos acercarnos de una manera crítica al material analizado. Por detrás se veía claramente la necesidad de imparcialidad científica, mejor desarrollada entre los historiadores que entre los críticos literarios. Todavía hoy me parece percibir que esta lección debiera extenderse, ampliarse, sentirse. Digamos *Siglo de Oro*, de acuerdo, pero con una mirada crítica. Por otra parte, había un deseo de precisión en la denominación de ese equipo de trabajo que era el mío. “Digamos las cosas con claridad”, parecía ser el lema. Si un siglo equivale a dos siglos, ¿por qué no decirlo precisamente en lugar de servirnos de nomenclaturas confusas? Y, por otra parte, ¿no hay otros períodos igualmente *dorados* y que pesan en la historia de las artes?

Esta lección de claridad en la emisión del mensaje, que es el camino hacia un saber para todos, me fue dada en otra oportunidad y de manera más cruda y explícita. Corría ya el año cuando se me propuso que preparara una explicación oral que debía presentar ante otros estudiantes. Se trataba de estudiantes avanzados, con proyectos de investigación, aunque más jóvenes que yo. Pretendiendo mostrar mi gran sabiduría y mi poderosa erudición, decoré mi ponencia con innumerables citas, añadidos a veces superfluos; y, fundamentalmente, queriendo mostrar que el tiempo es oro y que no tenemos derecho a malgastarlo, aceleré el ritmo de mi exposición con rapidez de bolido. Seguramente por detrás se escondía también la oscura idea de que aquel era un *métier* elitista y que solamente algunos elegidos tendrían derecho a seguir mis preciosas, y no precisas, elucubraciones. El rostro de Redondo reflejaba, al final de mi perorata, profunda preocupación. Y lo primero que me dijo fue que debía modular mi voz y expresión para no hablar como una máquina descompuesta. No evocaré —y no creo recordar— lo que el maestro me dijo acerca de mis ideas. Y seguramente sea eso menos importante. Lo esencial cuestionaba

la noción de vehículo, de comunicación, de capacidad para llegar al otro y sembrar en él un interés, una complicidad o un interrogante. Lo que fallaba en mí era la capacidad de dar y, como consecuencia de ello, la facultad de intercambio, que es la base de la investigación.

Augustin Redondo siempre, siempre, rechazó el autismo académico. Del mismo modo en que habla, escucha. En los coloquios permanece atento en las diferentes sesiones y formula en cada caso una pregunta que estimula el diálogo. Su mensaje, y ello en circunstancias variadas de público, rechaza la jerga, el léxico altisonante, la complicación. Y por ello ha despertado hacia los estudios de los siglos XVI y XVII a un público matizado, rico, que se dejó seducir por un territorio que, en su escuela, no fue ni es paraíso cerrado y para pocos.

Otra lección de apertura ocurrió en años anteriores al 90 en una de las reuniones del CRES, en aquella misma aula de la *rue Gay-Lussac* donde había conocido al autor de *Antonio de Guevara et l'Espagne de son temps*. Estábamos todos ya instalados en torno a la estrecha mesa cuando Redondo nos presentó a Pierre Civil, nuevo integrante del CRES que preparaba una tesis sobre el retrato: no solamente el retrato literario sino el retrato en el amplio sentido de la palabra. Esta combinación de ciencias, esta posibilidad de pasar de la literatura al arte, del material escultórico a la metáfora verbal constituyeron para mí algo nuevo. Podríamos mezclarnos e intercambiar experiencias entre especialistas de disciplinas diversas. La frontera no era límite sino lugar de encuentro y de debate. Esta algarabía de lo fronterizo que sembró el CRES fue la puesta en práctica más evidente de un enfoque pluridisciplinar. Pero todo ello ocurrió de manera precisa, en amable negociación, comparando y midiendo, anunciando los riesgos, evaluando las conquistas. El texto y la imagen, tanto en las representaciones literarias y artísticas como en los documentos históricos, se transformaron en territorios que merecían ser estimados y examinados, en su individualidad y en sus relaciones. Véase al respecto *Le corps comme métaphore dans l'Espagne des XVIe et XVIIe siècles*, París, Sorbone Nouvelle, 1992.

Todo ello tenía evidentes consecuencias en la enseñanza, y esto a todos los niveles. Poco a poco fuimos integrando en nuestros cursos en el instituto —y luego en la facultad— cuadros, grabados, emblemas, no de manera aislada sino en variado y enriquecedor coloquio.

Raramente evocaba en clase nuestro profesor su vida personal. En esto era sumamente pudoroso. Y cuando lo hacía, pretendía acercarnos una mirada particular; lo privado invadía lo público con un sentido muy preciso. Recuerdo un curso sobre el *Quijote*, cuyo cuaderno de notas me acompaña siempre. Analizábamos el episodio de Maese Pedro y las marionetas. Para acercarnos al tema, para darle una realidad palpable, recordó Redondo sus años juveniles, cuando llevaba a sus hijos al guíñol del Jardín del Luxemburgo. Y entonces hizo un amplio paréntesis refiriéndose al teatro de títeres, a la cultura popular, a la manera en que el *Quijote*, texto erudito, incorpora la cultura popular. Había aquí otra frontera que Redondo nos incitaba a atravesar. La misma que constituye la clave de bóveda de su estupenda colectánea *Otra manera de leer el Quijote. Historia, tradiciones culturales y literatura*, Madrid, Castalia, 1997.

A la vez, el episodio personal y actual del paseo con sus hijos, despertaba en nosotros la idea de que las culturas del pasado, en este caso la del teatro de marionetas, sobrevivían en el presente. El pasado nutre el presente y es imposible explicar lo contemporáneo sin echar una mirada hacia lo que lo conforma. El guíñol pasaba de la oralidad a la escritura en el caso del texto cervantino, de una experiencia literaria anclada en los viejos tiempos a nuestra vida cotidiana y actual. Por mi parte, cuando me tocó en suerte ser padre, llevé a mis hijos a ver las marionetas en los diferentes parques parisinos: en cada una de esas experiencias sentí que me habitaban a la vez el episodio quijotesco y las enseñanzas de Augustin Redondo.

Este apego, esta necesidad de no alejarse nunca de una mirada hacia lo popular, no es en Redondo solamente una adquisición científica sino que procede de una sensibilidad particular hacia todas las formas de creación.

Recuerdo una anécdota ocurrida en Buenos Aires que me gustaría ahora compartir. En septiembre de 2005 Alicia Parodi, Julia D'Onofrio y Juan Diego Vila organizaron un enorme congreso titulado *El "Quijote" en Buenos Aires. Lecturas cervantinas en el cuarto centenario*. Augustin Redondo y su mujer Jacqueline se alojaban en el mismo hotel que yo. En un atardecer regresábamos de la Biblioteca Nacional hacia nuestros hoteles varios congresistas, acompañados por jóvenes cervantistas argentinos que también volvían a sus casas. Íbamos conversando por la avenida Las Heras hacia las paradas de los colectivos o autobuses porteños. Los jóvenes

hispanistas, hipnotizados por la primera visita de Augustin Redondo al hemisferio sur (seguirían varias otras), me dijeron: “¿Cómo puede ser? ¿Redondo viaja con los demás en colectivo! ¿No toma taxi?”. Y, en efecto, el profesor Redondo viajaba en autobús. El azar de las plazas libres y de las conversaciones nos reunieron en un mismo asiento uno junto al otro. Entonces subió al colectivo uno de los numerosos vendedores ambulantes que transitan los transportes públicos porteños. Después de pedirle permiso al conductor, apoyó su maletín cargado de mercancías y con un empleo magistral de la *captatio benevolentiae* se dirigió a su transportado público. Con ademanes de actor, el humilde comediante de abrigo gastado y descolorido desparramaba un lenguaje meditado y seductor empleando términos aristocráticos y vocativos literarios, pidiendo silencio y disculpas a las damas y caballeros del autobús. Si mal no recuerdo, vendía peines de variados colores, entre los cuales se encontraban los de auténtica imitación del carey. Los había de varios modelos, ya fuesen para el bolso de las damas o el bolsillo de los caballeros, para la casa o para los viajes. Elogiaba y hacía un listado de sus innumerables cualidades y culminaba su retórica explicación con la propuesta de un juego de peines a un precio módico que de ninguna manera alteraría las finanzas de los hogares de su prestigioso y respetable público. Proponía a cada viajero que probara o mínimamente observara de cerca la calidad y la utilidad de los productos que vendía. La voz del mercader variaba tonalidades y registros según se acercara a señoras de edad, a muchachos jóvenes o a señoritas sensuales. El profesor Redondo, a mi lado, abría sus amplios ojos: estaba pasmado de admiración. Y con la firmeza y la convicción del catedrático me dijo: “Este hombre es un artista”. Y es cierto que lo era. Nuestro vendedor ambulante de Buenos Aires era el digno heredero de los juglares.

Esta oralidad popular, que venía del pueblo y se desparramaba en la vida, no había que confundirla con la popularidad construida desde las capas dominantes para seducir al pueblo y conquistarlo. Tampoco había que confundir la oralidad popular con la oralidad cortesana que tan bien había definido Castiglione. Sin embargo, había puntos de contacto entre las maneras de toda actividad oral. Estas diferentes nociones aparecían en clase cuando Redondo retomaba la explicación de un estudiante valorando los elementos positivos y aquellos que merecían un nuevo examen.

Podría enumerar y evocar la amplia bibliografía que nos deja cada año el profesor Redondo. Pero consta ya en los homenajes mencionados y se multiplica al consultar recientes volúmenes colectivos publicados en América y en Europa, así como también las mejores revistas del hispanismo.

Me gustaría, por el contrario, terminar con una nota particular. En los tiempos actuales en que se emplea el inclusivo *todes*, lo que deja a *algunes satisfeches* y a *otres descontentes*, como comenta en un reciente artículo Ivonne Bordelois, en tiempos de apertura y de mayor libertad —al menos en ciertos medios— para las mujeres, los hombres y los transexuales, en tiempos en que los estudios de género abren nuevas perspectivas o permiten debates enriquecedores, me gustaría recordar de qué modo el CRES bajo la dirección de Augustin Redondo incursionó en temas como el marginalismo, la situación de la mujer (*Images de la femme en Espagne aux XVIe et XVIIe siècles*, París, Sorbonne Nouvelle, 1994), las relaciones entre hombres y mujeres, el estatuto del niño y de la niña en la España de los Austrias (*La formation de l'enfant en Espagne aux XVIe et XVIIe siècles*, París, Sorbonne Nouvelle, 1996), y ello durante los años ochenta del siglo pasado. Sin caer en el precipicio de los juicios de valor o en controversias de orden moral, los investigadores del CRES examinaron la situación de la mujer, la discriminación de las minorías religiosas o sexuales, el peso de la homosexualidad y el travestismo... Todo ello despertó conversaciones apasionantes, nutrió pesquisas, permitió explorar las costumbres en todas sus esquinas y luego fue volcado en el aula permitiendo a lo largo de los años otra manera de leer la realidad, otra manera de vivirla. El examen del pasado entronca con la mirada del presente. Es uno de los tantos ejemplos de aquel hervidero de posibilidades de estudio y de incursión en el universo social que nos brindó don Augustin en el pentagrama del hispanismo: ¡menudo manantial!